

pueblo esclavo ó muerto trata de volver la vida? ¿Acabará con Rusia? ¿Destruirá la Inglaterra? ¿Dará vida á la Polonia? ¿Afirmará los derechos del Padre Santo?

Veíamos el clavo ardiente del cigarro de S. M., distinguíamos sus manos blancas y pequeñas y sentíamos que la mirada del grande hombre vagaba por los espacios desde donde recibe las inspiraciones de su tío, del gran Federico, de Dios mismo... En eso se levantó del sillón, se acercó á la ventana, y mirando la noche serena y estrellada exclamó como para sí: — «¡Qué noche tan bella!» Y luego, dirigiéndose á nosotros, dijo dulce y gravemente: «Busquemos á la Emperatriz...»

Tras la entrevista con Gutiérrez tomé parte en el famoso baile de la Panadera, que encabezaban el Emperador y madame de Persigny, y á las once me metí en la cama rendida de cansancio y con la cabeza llena de imágenes bellas y gratas.

El día siguiente lo empleé en los preparativos para la charada de la noche. Era obra no sé si de Ponsard, de Gautier ó de Feuillet, pero ello es que resultaba bellísima. La palabra que había de adivinarse era *Merveille*. La primera parte (Mer) acontecía en una aldea española á orilla del mar. Pepe Hidalgo, heredero de las habilidades de su ínelito progenitor, cantaba al pie de una ventana — de mi ventana — unas soleares ó malagueñas de esas que acaban con un grito terrible que da idea del que lan-

zará un hombre á quien degüellen. Yo salía al balcón de la casa del alcalde, mi padre, y le contestaba en idéntico tono, con unas coplillas llenas de corazones atravesados, de *mares* doloridas y de ayes y lamentos que habrían causado horror á aquel ilustre senado si hubiera podido entenderlos... Venía luego una riña en que salían á relucir las facas y los estoques, y Pepillo quedaba muerto al pie de mi ventana, no sin lanzar antes de su fin otra media docena de alaridos á que yo respondía en debida forma.

Venía luego la segunda parte, *veille*, que era la velada del santo titular en una aldea bretona, y tenía como números salientes los bailes, la iluminación con farolillos y la aparición del patrono. El todo era una reunión de saltimbanquis que representaba las siete maravillas del mundo. Yo salía en calidad de niña prodigio, que adivinaba sueños é interpretaba visiones; Pepe Hidalgo era organillero italiano y se convertía sucesivamente en ladrón calabrés, en *lazzarone* y en rancharo mexicano. Fué aplaudido á rabiar. La propiedad no brillaba por cierto como atributo principal de los trajes. Con decir que Hidalgo sacó como distintivo del charro unas horribles rodilleras apretadas de campanillas y cascabeles, que sonaban apenas quería moverse el dueño, está dicho todo. Mas en cambio, ¡qué riqueza en los detalles! ¡qué primor en las joyas! ¡qué lujo en todo el decorado! Yo tenía la cabeza cubierta de diamantes, el pecho constelado de diamantes,

la falda sembrada de diamantes y llevaba al cuello un enorme collar de cuentas de oro que caía en tres hilos, brillando en combinación con las piedras como si hubiera sido un incendio que me destrozara con sus lenguas aceradas y sutiles. El collar era de la princesa Matilde; los diamantes, de la princesa de Bauffremont y de la condesa de Nieuwerkerke; pero si hubieran sido míos, poco hubiera tenido que pleitear contra los detentadores de mis bienes: representaban una riqueza.

Siguieron á estas fiestas una cacería en el bosque, una excursión á las ruinas romanas de Champlieu y otros muchos divertimientos; cuando nos preparábamos á tomar la venia de los Emperadores para retirarnos (pues los diplomáticos habían tratado ya con S. M. hasta los puntos más sutiles por arreglarse, dejando el nuevo Imperio mexicano sobre el papel de la cámara real, que era un encanto de armonía, de paz y de dulzura), cuando íbamos á ausentarnos, digo, llegó la buena de mi dueña con la cara angustiada y hablándome con más prisa de la que consentía su torpeza de lengua.

— La señora... Pregunta por la señora... un cierto hombre... es loco... parece loco ciertamente... no quiere quitar el cuarto... que si la señora está enfermada, él la atiende...

Como no podía comprender un guirigay tan terrible, tomé de las manos á Rita la cartulina que el supuesto loco

había puesto en sus manos, y leí con sorpresa mezclada de placer:

General José María González de Mendoza.

Y doblada la orejita que decía *affaire* en letras chiquitinas.

Hice entrar al buen Mendoza y me dí cuenta de por qué Rita le había declarado loco. Llevaba una levita que participaba de la bata masculina, de la chaqueta de campesino y de la hopa de ajusticiado; los pantalones eran anchos, bastos y mal fajados; las botas carecían de lustre y el sombrero parecía de astrakán, por estar peinado á redropelo.

— Señora, vengo sólo á ponerme á los pies de usted (inclinación profunda de mi parte) y á hacerle saber que se encuentra preso en Tours su yerno, el capitán Miguel Caballero de los Olivos.

Es un joven leal y honrado que se ha rehusado á juramentarse conforme lo pide el gobierno del Emperador, y que naturalmente está amenazado de perder aun la mísera paga que se da á los prisioneros de guerra traídos de Puebla. Yo le he ayudado con los recursos de mi bolsillo; pero ni esos recursos son grandes, ni aunque lo fueran bastarían para auxiliar á los muchísimos compatriotas que se hallan en el caso de Olivos... ¿Quiere usted ocurrir en su socorro? Yo me restituyo mañana mismo á Tours, pues

vengo sólo á saludar á mi prima y á hacerle presente que el hecho de hallarme en bando opuesto al suyo no relaja, ni mucho menos destruye, los vínculos de parentesco... Siempre he amado mucho á mi prima, y no hay motivo para que ahora la aborrezca, pues lo cortés nada quita á lo valiente... ¿No opina usted así?

Estuve conforme en cuanto me preguntaba aquel es-
perpento, que continuó con volubilidad de maniático:

— Por la tierra no camina todo tan mal como sería de temerse... Juárez se escapó de México porque no tenía ma-
nera de continuar allí; la tropa, el pueblo y el dinero le faltaron, y tuvo que emprender la retirada en unión de una media docena de desesperados... Los capitulados de Puebla, que se fugaron faltando á todo lo que les manda-
ban el honor militar y los buenos principios, no lograrán, acuérdesse usted de mí, ni un peso ni un hombre; su impo-
tencia es absoluta... Por otra parte, el general Forey no se adhiere á los mochos, sino que acepta todos los princi-
pios de la Reforma; tendremos, pues, tolerancia de cultos, separación del Estado y la Iglesia, desamortización de bie-
nes del clero y todo cuanto pedíamos los liberales... ¿Qué significa, pues, esa resistencia inmotivada? ¿A qué viene ese capricho de defender lo que nadie ataca, puesto que los franceses han ofrecido retirarse luego que dejen aque-
llo medianamente organizado? Irá Maximiliano, se volve-
rá tan mexicano como cualquiera de nosotros, planteará



— Por la tierra no camina todo tan mal como sería de temerse...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

la paz y el orden en su imperio, extinguirá el germen de las revoluciones y dará á Europa la prueba de que no son tan ingobernables como se cree los pueblos de la América latina... Por supuesto que yo tendré noticia de estas cosas por lo que diga la gente, pues pienso, tras de besar los pies de mi prima, retirarme á la vida privada en cualquiera de estas deliciosas aldeas francesas que parecen hechas para mansión de un hombre serio y reflexivo... Bien puede ser que mi prima se empeñe en conservarme á su lado, que pretenda inducirme á volver á la patria; pero ¡á otro perro con ese hueso! No seré yo quien se meta en más libros de caballerías, aunque le den en cambio el imperio de Francia con el de México encima...

Tan de prisa hablaba el hombre que no me dejaba tiempo para preguntarle detalles sobre la prisión de mi yerno, ni siquiera para averiguar qué prima era esa tan sonada y que intervenía en tantas cosas.

— ¿Sabe usted lo que va á ser famoso? continuó el General. La agarrada entre Ortega y Juárez. Conozco á los dos pollos y sé á qué atenerme; ¡quién sabe cuál sea más ambicioso de los dos! pero ello es que si el que gana ha de ser el más terco, vamos á tener para rato... Yo desde aquí lo veré todo, pues á pesar de cuanto mi prima pueda sugerirme, estoy decidido á retirarme á dispersos, á mudarme á cuarteles de invierno... No, señora Jecker, no aceptaré nada, nada, absolutamente nada, aunque se in-

terese mi prima, que es lo que yo respeto más en el mundo...

— ¿Y no irá usted, señor General, á saludar á Maximiliano de Austria ni á presenciar su aceptación del trono?

— No, señora, no iré á ver al Archiduque ni á parte alguna que no sea el rincón en que me moriré de vejez y de tristeza... No se empeñe usted en catequizarme, porque nada conseguirá; no iré, no iré y no iré... ¿lo quiere usted más claro? No iré aunque me lo manden padres descalzos... ¿Que Maximiliano vale mucho y que su mujer vale más? ¿Que son excelentes príncipes y que van á hacer la felicidad de México? Pues que sean cuanto quieran y que hagan lo que les parezca; yo me limitaré á decirles desde mis *Oubliettes*: «Vuestras Majestades gocen del bien que merecen y sean tan dichosos como yo lo deseo; adquieran México, Guatemala y las demás tierras que conquisten; sean dueños de montes de oro y de diamantes, pero no cuenten con Mendoza, que como Escipión, está resuelto á no dejar siquiera sus huesos á la ingrata patria; no seré yo quien les ayude, no seré yo quien les acompañe en su gloriosa empresa... Ya dije á México el adiós eterno...» Así también se lo haré ver á mi prima...

Aquí llegaría de su plática el gran Mendoza cuando recibí un volantito de Gutiérrez, anunciándome que habían llegado al castillo el padre Miranda, Velázquez de León, Woll é Iglesias, y don Tomás Murphy y don Anto-

nio Escandón, que habían ido á recibirles hasta el Havre. «Hoy serán presentados á S. M., que se sirvió ya señalar hora para la audiencia; no falte usted», añadía el viejo patriarca.

Y sí falté, porque después de almorzar (la Emperatriz me advirtió que contaba diariamente conmigo á las horas del almuerzo y la comida) la Señora se levantó violentamente de la mesa, dió unos cuantos pasos por el jardín inglés, salió por la reja que comunica con el parque y echó á andar vertiginosamente; primero estuvimos todas á su lado; poco á poco el grupo fué desmembrándose; pronto sólo nos quedamos al lado de la Emperatriz tres damas, las duquesitas de Alba y yo; al fin también nos fatigamos y nos pusimos á reposar al lado de una fuente derruida, sin ver más de la Emperatriz que la cabeza erguida y majestuosa, la casaca que parecía de oro fundido y el bastón con que iba abriéndose paso en la espesura...

No tardó en extinguirse la luz del crepúsculo y en salir para alumbrar tenue y dulcemente un octante de luna que parecía la segur de plata de un segador celestial; al fin aparecieron las estrellas titilantes y húmedas, como ojos que parpadean soñolientos y tristes, mezclando su luz azulada á la amarillenta de Selene.

A poco oímos ruido y vimos salir de la espesura á la Emperatriz, como si hubiera sido la condensación de todos los recuerdos que en aquel sitio nos venían á la mente: la

Pompadour, la Dubarry, María Antonieta, María Luisa de España, María Luisa de Austria, la reina Amalia; pero excediéndolas y opacándolas aquella intrépida andarina que con su casaca dorada parecía más bella y más espiritual que todas las sombras pasadas.

La Emperatriz llegaba del brazo de un figurón que soplabá jadeante y sin aliento, mientras la Señora permanecía quieta y tranquila.

— Señores, nos dijo, os presento al general González de Mendoza, mi primo.

— ¡Dios mío, pensé, conque ella, la Emperatriz, es su prima! ¿Y dónde la habrá acechado para reunírsele tan á tiempo?

Al llegar al castillo, que relucía con todas sus ventanas iluminadas, entramos al salón chino, que se abre á la derecha de las habitaciones imperiales; la Emperatriz llegó á poco vestida de blanco, tan linda y tan gallarda que apenas parecía tener veinte años; se sentó frente á una ventana, teniendo por fondo el jardín distante; y aquella verdura florida, aquella agua luminosa, aquella luna suave y tranquila, aquel salón extravagante y aquella Emperatriz linda y discreta, traían á la memoria fiestas regias, mujeres bellas, músicas, galanteos, entusiasmo y placer de amar.

Apenas me distinguieron los mexicanos de la comisión, vinieron á mí acompañados de Mendoza.

— Ya pasó todo; S. M. estuvo gentilísimo. Aunque ya sabía que el pueblo mexicano se remitía á su real benevolencia para el caso que no aceptara el Archiduque, se enterneció en gran manera y nos repitió la oferta de su ayuda incondicional. ¡Es bondadosísimo el Emperador! Mañana salimos para Miramar y contamos con que usted nos acompañará... Viene el señor general Mendoza...

— ¡Cosas de mi prima! dijo Mendoza; se ha empeñado en que vaya sin carácter ninguno oficial á presenciar el ofrecimiento de la corona á Maximiliano, y yo obedezco... Cosas de mi prima...

